que les indicase el momento de la Coronación, y esta señal creyeron verla en el repique.

En ese instante, como movidos por un resorte, todas las cabezas se descubrieron, el silencio más profundo reinó en todas partes; y los transeuntes en las calles; los cocheros en sus pescantes ó en sus plataformas; los comerciantes en la puerta de sus tiendas ó de sus comercios ambulantes, todos sin excepción, cayeron de rodillas; y en un grito fervoroso y entusiasta, inspirado por el amor á María, se escuchó esta sencilla plegaria tantas veces repetida en estos renglones: Salve, Augusta Reina de los Mexicanos.....

En aquellos momentos, en que millares de millares de rodillas tocaban el suelo; de ojos que estaban humedecidos por las lágrimas; de labios que formulaban fervientes oraciones, la inmensa extensión que ese inmenso gentío ocupaba, estaba convertida en un templo.

Este homenaje, Madre mía, tan puro, tan sincero, tan entusiasta, tan espontáneo, tan general, tal vez te desagravió de las ofensas, que periódicamente y en los días mismos en que se celebran tus glorias y se recuerdan tus beneficios, te lanzan con sacrílega mano los vicios!.....

Cuando al final de la procesión, llegaron al Altar los Sacerdotes que llevaban las coronas, el primer Maestro de Ceremonias tomó la corona de oro y la puso en el Altar, mientras el Ilustrísimo Señor Arzobispo entonó el *Regina Cœli* que ejecutó el Orfeón con la música á cuatro voces de Lotti.

Entretanto, el Primer Maestro de Ceremonias, ayudado del Sr. Cura D. Miguel Contreras y del Sr. Pbro. D. Joaquín Torres, subió la Corona hasta la plataforma, depositándola á los pies de la Sagrada Imagen, y pasando en seguida al Trono para conducir al Ilustrísimo Señor Arzobispo de México, al sitio que le correspondía ocupar para hacer la Coronación.

Como este acto iba á efectuarlo el Ilustrísimo Señor Arzobispo á nombre, en representación y por delegación del Santo Padre, se creyó conveniente que el Episcopado Mexicano tuviera participación en él; y con este motivo se dispuso que el Ilmo. Sr. Arzobispo de Michoacán, Dr. D. Ignacio Arciga, que era el único que estaba presente de los tres que pidieron á la Santa Sede la gracia de la Coronación, ayudara á colocar la corona; y en virtud de esto, el Segundo Maestro de Ceremonias, Dr. D. Leopoldo Ruiz hizo la invitación respectiva á dicho Ilustre Prelado.

El momento solemne se acercaba. Los dos Ilustres Arzobispos se despojaron de la Capa quedando sólo con el alba..... Con paso lento se acercaron á la plataforma..... la palidez les cubría el semblante..... sus manos temblaban..... sus corazones latían y la emoción los dominaba por completo.....

Si en un aeróstato se hubiesen elevado hasta los límites de la atmósfera, no se habrían visto rodeados de un silencio tan grande, tan completo, tan imponente, tan significativo, tan conmovedor; y sin embargo, se extendían á sus pies millares de corazones que sentían, de cerebros que pensaban, de ojos que estaban pendientes del menor de sus movimientos.

Tomando el Ilmo. Sr. Alarcón el lado del Evangelio, y el Ilmo. Sr. Arciga el de la Epístola, desaparecieron tras del Altar.

Oh Pastores venturosos! os dejará la emoción subir esas gradas que os separan de nuestra Imagen tan querida? ó rompiéndose el corazón os llevará vuestro ángel á los pies del original del que tal vez estáis más cerca?.....

Cuántas horas pasaron desde que tan respetables figuras desaparecieron tras del Altar?

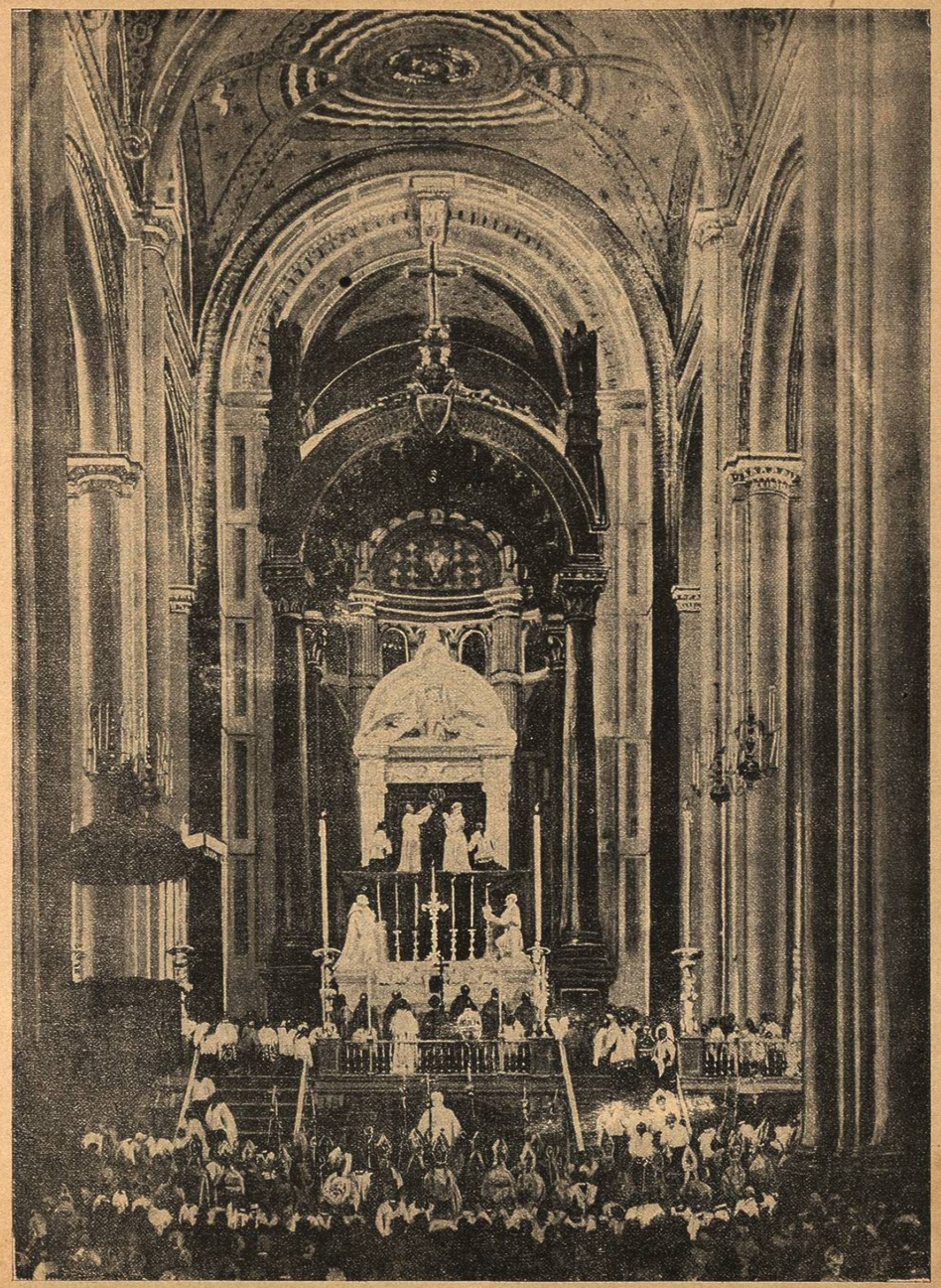
Que respondan por nosotros los millares de corazones que la ansiedad despedazaba.

Por fin aparecieron simultáneamente en la plataforma, los dos Arzobispos; y nuestro querido Metropolitano, quién sabe si por desahogar un sentimiento que en su corazón se desbordaba; quién sabe si por desempeñar cerca de la Madre un deber que le imponían esas excepcionales circunstancias respecto de sus hijos; quién sabe si cautivado por ese conjunto de belleza, de amor y de gracia que tenía delante; quién sabe si por obediencia á una inspiración secreta, sobrenatural y divina, ¡oh dicha suprema! besó con efusión el apacible rostro de María.

Ese beso fué el arranque más expresivo de la piedad filial; ese besó fué el testimonio más irrecusable del amor; ese beso fué la manifestación más elocuente de la creencia; ese beso fué como el lazo de unión con que á la Protección de su Santísima Madre ligaba á sus dóciles ovejas.

Pero ese beso, Pastor Ilustre, no es sólo vuestro; es de todos nosotros: es la expresión de nuestros propios sentimientos; la manifestación de nuestra ternura; el homenaje de nuestra adoración; la aspiración común de todas nuestras almas.

Por eso deslumbró como el relámpago tantos millares de ojos que comenzaban á humedecerse; por eso encendió nuestros espíritus, como la chis-



VISTA DE LA COLEGIATA EN EL MOMENTO DE LA CORONACIÓN

pa eléctrica al encontrar establecido el circuito; por eso conmovió todos los corazones, que ya no cabían dentro del pecho, y que se hacían pedazos al impulso de un mismo sentimiento.....

El momento solemne llegó al fin..... los Ilmos. Sres. Arzobispos se inclinan ..... al levantarse, la corona se ve sostenida por sus manos.... la elevan á la altura de la Augusta cabeza..... la suspenden del gancho de oro colocado *ad hoc* entre las manos del Angel que se halla sobre el cuadro, y bajo el peso de una emoción que no tiene nombre, caen de rodillas á sus plantas.....

Aquí la pluma cae de nuestra mano; aquí la voz se anuda en la garganta; aquí la palabra espira en los labios; aquí las lágrimas resbalan de los ojos sin que nos sea posible contenerlas; aquí las fibras del corazón se rompen; aquí este mismo corazón estalla!.....

No fué tan violenta la roca de Horeb para lanzar sus aguas milagrosas sobre la multitud sedienta, al llamado de la vara del autorizado legislador Hebreo; no es tan rápido el rayo para rasgar la nube que lo engendra cuando se ponen en contacto los dos fluidos de signos contrarios: no es tan pronto el ¡ay! . . que lanza el labio cuando un agudo dolor afecta el cuerpo, como lo fué la explosión que hizo el sentimiento religioso por tanto tiempo reprimido; que subió de punto durante las ceremonias que tuvieron lugar en ese día inolvidable, y que en aquel momento supremo, llegó á su máximo, rompió los diques que lo detenían dentro del pecho, excedió los límites dentro de los que se pueden encenar las manifestaciones del alma, y estalló en un movimiento que no tuvo nada de humano, pues fué un arranque del amor divino.

Un Viva agudo, penetrante, enérgico vigoroso, atronador, indefinible brotó de todos los labios, armonizado por los más hondos suspiros que exhalaban todos los pechos y por los latidos que despedazaban todos los corazones...Viva...Madre... María ...eran las palabras que podía escuchar el oído en aquel himno del alma; en aquel desborde del sentimiento; en aquel arranque de entusiasmo; en aquella manifestación de fe; en aquel testimonio de ternura; en aquel homenaje de amor..... Y este grito se exaltaba, se sostenía, se perpetuaba, robusto, sostenido, vigoroso, interminable, y para expresar una emoción tan grande, insuficiente; pues mientras todos los labios gritaban, todas las manos aplaudían, y todos los ojos derramaban lágrimas.

Los Obispos con las rodillas en el suelo, las frentes inclinadas, y destilando de sus ya cansados ojos, lágrimas de ternura, estaban tan inmóviles por la emoción, como la estátua de su inolvidable hermano, nuestro amado Arzobispo! y en aquellos instantes venturosos, sin la más ligera hipérbole lo decimos, pues con la más profunda convicción lo aseguramos; todos los fieles que tuvieron la dicha de hallarse en ese templo, no permanecieron en la tierra; todos sintieron un destello de la bienaventuranza; todos contemplaron un trasunto del Cielo. Eran las 11 45 minutos de la mañana!

Nosotros creemos con una alma piadosa que nos comunicó este pensamiento, que en aquellos instantes únicos en la historia de México, la Virgen Santísima bajó del cielo, y vino á recibir este homenaje. Y tiene que haber sido así: porque solo al contacto de esta Madre, pudo sentir de este modo el corazón de los hijos. ¡Oh Madre de las Misericordias, Madre de las gracias, Madre de los pecadores, Madre de los afligidos, Madre nuestra! Nosotros vemos á la luz de la Fe que alumbra lo insondable, y con los ojos del corazón que penetran lo misterioso, que Tú en aquellos instantes felices que ahora recordamos, y que nunca olvidaremos, con amor verdaderamente divino, y con ternura verdaderamente maternal, nos sonreiste complacida al presenciar nuestro febril entusiasmo; y acariciaste nuestra frente, cuando pusimos en la tuya la corona.

Desde entonces hemos sentido una trasformación ventajosa, pues nuestra alma se ha abierto á la esperanza; porque creemos,—y ojalá que no estemos engañados—que á todos los que en ese momento de ventura, radiantes de placer te vitoreamos, nos has inscrito en el Libro de la Vida.

Haz, oh Madre, que no borre de él nuestro nombre el pecado y por el instante de tu coronación memorable, ampara á tus hijos, gobierna á tus vasallos, protege á tu Nación, salva á tu pueblo.

En la Historia Eclesiástica se registra un hecho semejante á este, que en nuestra historia no lo tiene, que viene á confirmarnos en esta consoladora creencia.

Refiere San Basilio que cuando Santa Elena, después que tuvo la dicha de encontrar la preciosísima reliquia de la Santa Cruz, se dirigió á ella para adorarla y besarla, acompañada de toda su Corte, una multitud inmensa de gente, se apiñaba deseosa de tomar parte en esta piadosa manifestación.

AUTOGRAFO DEL ILMO. SR. ARZOBISPO DE SANTA FE, NUEVO MEXICO.

Archbishop's House.

Santa Fe. N. M. 27 De Octubre 1895

Soy cierto que la solemne coronacion de Nuestra Señora de Guadalupe es una señal clara y segura que nuestra bendita Madre amparara en el porvenir con mas cariño aunque en tiempos pasados no solamente a la nacion Mexicana pero tambien a los catolicos de la misma raza que viven en el Nuevo Mexico.

+ Placido L. Chapelle
Arzobispo de Santa Fe.

Su número hizo irrealizable su deseo, por lo que se manifestaban contentos con solo ver el Sagrado Madero.

Acogida favorablemente esta petición por la Santa Reina, el júbilo de la multitud no conoció límites; y su ansiedad, tan grande y tan justificada como su júbilo, ¡ó o creemos que haya podido compararse á la que dominaba á la multitud de fieles, que apiñados á las plantas de María, llenaban su templo en los momentos dichosísimos á que nos han trasportado los recuerdos.

Todos los fieles esperaban; todos los corazones latían; todos los ojos estaban fijos en un punto: y cuando al fin se elevó el Santo Madero, todas las rodillas se doblaron, todos los ojos se humedecieron, y de todos los labios se lanzó este grito que aún ha llenado los siglos del pasado y llenará los del porvenir: *Kirie eleison.*

Y ese grito, ese entusiasmo, esa ansiedad, esas lágrimas, esos sollozos, fueron debidos á la presencia visible de la Cruz del Hijo, como en nuestro caso fueron debidos á la presencia invisible de la Madre.....

Cuando pasada la primera impresión del primer momento, cuyas manifestaciones se repetían y se prolongaban, se pudieron poner en orden las ideas, aparecieron en todos las manos, trémulas por la emoción, las hojas en que estaba la plegaria del Ilustrísimo Sr. Obispo de Querétaro, que circuló con profusión.

Y ya que tantas veces hemos mencionado esta plegaria, creemos necesario, puesto que escribimos historia, señalar su verdadera fuente.

Como lo hicimos notar en el lugar respectivo de esta crónica, el Programa de aquel Ilustrísimo Señor Obispo, fué iniciado por el Ilustre Abad de la Colegiata, causa y centro de tan excepcional movimiento.

Dicho programa, lo terminaba el Ilmo. Sr. Plancarte con esta expresiva plegaria, que encierra una salutación, precisa la advocación de Guadalupe, renueva el juramento del Patronato, confiesa la maravillosa Aparición y termina con una plegaria.

« ¡Salve, Augusta Reina de los Mexicanos,
« Madre Santísima de Guadalupe, Salve!
« Ante tu excelso Trono y delante del Cielo,
« renuevo el juramento de mis antepasados, aclamándote Patrona de mi Patria México; confesando tu milagrosa aparición en el Tepeyac, y
« consagrándote cuanto soy y puedo.
« Tuyo soy, Gran Señora, acéptame y bendíceme. »

La modificación que le hizo el Ilstrísimo Señor Obispo, tal vez tuvo por objeto hacer que con más facilidad se grabara en la memoria.

Los Señores Arzobispos tomaron su capa y el Ilustrísimo Señor Arzobispo de México, sofocando su emoción, con la mano estendida pronunció más con el corazón que con los labios estas palabras de la liturgia: « Así como por nuestras manos eres coronada en la Tierra, así merezcamos ser coronados por Cristo de gloria y honor en el Cielo » incensando tres veces el Altar.

Después de recitadas las oraciones, el Ilustrísimo Sr. Arzobispo entonó el Te Deum; que fué seguido por el Orfeón con canto Gregoriano.

Concluido el Te Deum, los Señores Obispos, al retirarse, desfilaron delante de la Sagrada Imagen, depositando á sus piés el báculo en señal de adhesión, y de que le consagraban sus diócesis, poniéndolas bajo su protección.

El ornamento con que celebró el Ilustrísimo Señor Arzobispo, es de raso blanco y fué pintado por el hábil dibujante y ferviente católico D. Angel Vivanco.

Después que esta función hubo concluido se mandó despejar la Iglesia, con el objeto de que los fieles que por no haber podido entrar se quedaron fuera, asistieran á la Misa Solemne de Acción de Gracias, que celebró el Ilmo. Sr. Obispo de Panamá, Dr. D. José Alejandro Peralta, en la que sirvió de Asistente el Sr. Dr. D. Leopoldo Ruiz; de Diácono el Sr. Dr. D. Antonio J. Paredes y de Subdiácono el Sr. Dr. D. Francisco Orozco.

En la parte musical esta Misa fué la llamada *Jn. Non.* J. Cordis Jesu, 4 voces, de Singerberger. Después del Ofertorio, *Ave María*, 2 voces con órgano, Rheinberger. Las partes variables de la Misa, Canto Romano.

Terminada la Misa, el Ilmo. Sr. Obispo de, Querétaro, D. Rafael S. Camacho, exhortó á los fieles á rezar en común la ya conocida plegaria, que con tanta fe como entusiasmo, y tanta ternura como amor, rezaron todos en voz alta, produciendo esta uniformidad de sentimientos, de palabras y de afectos, un conjunto encantador.

También recitó el Ilustrísimo Señor Obispo la traducción que hizo de los dísticos de S. S. León XIII, el Ilmo. Sr. Arzobispo de Guadalajara.

Los Notarios Públicos D. Alfredo Violante y D. Domingo Barrios Gómez, comisionados por el Ilustrísimo Señor Arzobispo, levantaron cada uno una acta del tenor siguiente:

"En la Ciudad de Guadalupe Hidalgo de este Distrito Federal, á los doce días del mes de Octubre del año mil ochocientos noventa y cinco: Yo, Alfredo Violante, Notario Público, Certifico: que siendo las ocho y cuarenta y cinco minutos de la mañana se constituyeron en la Basílica de Santa María de Guadalupe el Ilustrísimo Señor Don Próspero María Alarcón y Sánchez de la Barquera, Arzobispo de México; y los, también Ilustrísimos Arzobispos y Obispos de la República y de algunos países extranjeros que subscriben esta acta; el dignísimo Obispo de Constanza, Abad Mitrado de la Insigne Colegiata; el Venerable Cabildo de la Catédral Metropolitana de México; el de la Colegiata; los Señores Curas Párrocos de la Arquidiócesis, algunas dignidades de Arquidiócesis y Diócesis Foráneas, numerosos Sacerdotes del Clero regular y secular y en presencia de los fieles que llenaban las naves de la Basílica; se dió principio á la Ceremonia de la Coronación de la Imágen de la Santísima Virgen de Guadalupe. El Metropolitano de México entonó la *Nona* y en seguida Monseñor el Abad Don Antonio Plancarte y Labastida hizo entrega de la régia Corona al Ilustrísimo Arzobispo de México quien recibió del Cabildo de la Insigne Colegiata la protesta de retenerla y conservarla sobre la Augusta cabeza de la Imágen de Santa María de Guadalupe. Acto continuo se dió lectura al acta respectiva y al breve de Su Santidad León XIII sobre la Coronación. Dispensada por el Prelado Metropolitano la bendición de la Corona fué ésta llevada en procesión con pompa en medio de cirios; ántes de la cual dió principio la misa de pontifical. El Ilustrísimo Señor Doctor Don Próspero María Alarcón y Sánchez de la Barquera, Arzobispo de México, á horas que son las once y cuarenta y cinco minutos, impuso la Corona sobre la cabeza de la Venerada Imágen de la Santísima Virgen, entonándose acto seguido el *Te Deum* y dándose por terminada la ceremonia. Los Prelados asistentes depusieron báculos y mitras ante la Virgen.

Y á pedimento del mismo Arzobispo de México queriendo perpetuar acto tan solemne, se levantó la presente, que fué subscripta por los Prelados oficiante y asistentes, en presencia de los testigos D. Luis, D. Juan y D. Manuel Aguilar; Licenciado D. Luis Gorozpe y D. Claudio Limón y Seguí, D. Reinaldo Manero y D. Ismael Villar, todos mayores de edad, vecinos de este Distrito Federal, Diputado al Congreso de la Unión el primero, casado, con habitación en la casa número siete de la quinta calle del Relox, sol-

AUTOGRAFO DEL ILMO. SR. OBISPO DE PANAMA.

Desde mi juventud aprendí á venerar con especial culto y á invocar con filial afecto á nuestra Señora de Guadalupe de México, y debido á ésto ni la distancia, ni los peligros de una larga navegación en el aciago mes de Octubre pudieron retraerme de venir á ofrendar un grano de arena en la coronación de la augusta Reina y Madre de los Mexicanos, á la vez que he considerado como un favor singular del cielo el que me hubiera cabido en suerte el presenciar tan solemne y memorable fiesta como representante de todo el Episcopado Sud-americano.

+ José Alejandro, Obispo de Panamá.

México, Octubre de 1895.

teros los demás testigos con excepción del Señor Manero, comerciantes los Señores Aguilar, con habitación en la casa número 1 de la calle de Santa Catalina de Sena, el Señor Gorozpe, con habitación en el Hotel Iturbide, el Señor Limón, con habitación en la casa número dos de la tercera calle del Ciprés; el Sr. Manero, casado, comerciante, con habitación en la casa número quince de la primera de la Industria y el Sr. Villar comerciante, con habitación en la casa número cinco de la Perpétua. De todo lo cual doy fé yo el Notario.

† Próspero María,
Arzobispo de México.

Siguen las firmas."

A su vez, los Notarios Públicos, Lic. D. Manuel Monterrubio y Poza y D. J. M. Villela, levantaron el acta que sigue:

"El doce de Octubre de mil ochocientos noventa y cinco, en la Insigne y Nacional Colegiata de Santa María de Guadalupe, en la República Mexicana, ante cuarenta Ilustrísimos Prelados de ambas Américas y ante un numeroso concurso de personas notables y del pueblo de la Nación Mexicana; las Señoras Susana Pesado de Teresa, Esther Pesado de Villa Urrutia, Isabel Lozano de Betti, Luisa González de Velázquez, María Guadalupe Gourgues de Aceves, María Bérros de Escudero, María Loreto Casanova de Linares, Manuela Cortazar de Cervantes, María Carmen Pesado, María Guadalupe Peña, María Guadalupe Escandón de Escandón y María Dolores Barron de Rincon Gallardo, presentaron al Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo de México, Doctor Don Próspero María Alarcon, una corona de oro que será impuesta á la muy venerable Imagen de Santa María de Guadalupe.

El Ilustrísimo Señor Arzobispo, después de bendecir la misma corona, la entregó al Venerable Cabildo de Canónigos, quienes conforme al ritual prescrito prestaron juramento solemne de de-

fender y custodiar la misma corona y de conservar la Sagrada Imagen Guadalupana constante y perpetuamente coronada. Todo lo que con la corona de oro se hizo, del mismo modo fué hecho con otra de plata que ofrecieron doce Señoritas huérfanas de Madre, pertenecientes á las principales familias de la República Mexicana, á saber: María de la Luz Díaz, María Escandón, María Dolores Elguero, María de la Concepción Roa, María de los Angeles Lascurain, María Guadalupe Rincón Gallardo, María Guadalupe Caballero, Sahara Vivanco, María de la Concepción Escudero, Paz Fernández del Castillo, Matilde Cervantes y Eugenia (1) Juanes.

Nosotros, los Notarios Públicos, en alta, clara y distinta voz, leímos este documento y lo suscribimos ante los testigos, quienes también lo firmaron el día y año antes expresados.—*J. M. Villela,—Manuel Monterrubio y Poza.—Leopoldo Díaz.—Luis A. Aguilar.*"

Estaban aún los Señores Obispos en sus respectivos sitiales, cuando los Señores Notarios pasaron á recoger sus firmas, las que pusieron con una pluma de oro.

A la una de la tarde, en uno de los Salones anexos á la Iglesia hábilmente convertido en comedor, se sirvió un Banquete con el que el Ilustrísimo Señor Abad Mitrado y el V. Cabildo de la Colegiata, obsequiaron á los Señores Obispos, y al que fueron invitados, el Cabildo de la Catedral, el Señor Secretario de Cámara y otras personas distinguidas, no sólo del Clero, sino Seglares.

La mesa tenía la forma de T y en ella ocupaba el lugar de honor el Ilustrísimo Señor Arzobispo de México, á cuyos lados estaban los Ilmos. Sres. Arzobispos de Nueva York Mons. Michael A. Corrigan, á la derecha, y de Santiago de Cuba, Mons. Francisco Saenz de Urturi, á la Izquierda.

La mesa fué dispuesta por la Casa Recamier, tan acreditada en este ramo.

Llegada la hora de los brindis, hicieron uso de la palabra, el Ilmo. Sr. Obispo de Colima, Dr. D. Atenógenes Silva, el Ilmo. Sr. Arzobispo de Oaxaca, D. Eulogio Guillow, quien habló en Inglés y tradujo sus palabras al Español; el Ilmo. Sr. Arzobispo de Québec, L. N. Bégin, Coadjutor del Cardenal Taschereau, en Francés; el Ilmo. Sr. Arzobispo de Santiago de Cuba, D. Francisco Saenz de Urturi en Español; el Ilmo. Sr. Arzobispo de Nueva York, Mons. Michael A. Corrigan, en Inglés; el Ilmo. Sr. Abad D. Antonio Plancarte y Labastida; cerrando los brindis el Ilmo. Sr. Arzobispo de México, Dr. D. Próspero M. Alarcón.

(1) El nombre de esta Señorita, no es Eugenia sino Eufemia; y lo hemos dejado, por no alterar el documento que lo contiene, á la vez que para llamar la atención sobre esta inexactitud.—Nota del Autor.

Poco antes de que terminara el banquete se presentaron en el Salón el Sr. D. Eduardo Velázquez, Jefe Político de Atzcapotzalco, á cuya jurisdicción pertenece la Villa, y el Sr. Lic. D. Francis-J. Osorno, Juez 1.° del Ramo Criminal en México, y Presidente Municipal de la Villa; y el primero de dichos señores pronunció un brindis.

Fueron objeto de dicho brindis, S. S. León XIII, S. M. la Reina de España, el Ilmo. Sr. Abad D. Antonio Plancarte y Labastida, el Señor Presidente de la República; los Prelados Extranjeros, el placer que á todos anima por el brillante éxito de la Coronación. También se expresó la idea de aclamar á nuestra Augusta Guadalupana, Patrona de las Américas, y se consagró un recuerdo al Ilmo. Sr. Arzobispo Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos.

Terminado el Banquete, los Señores Obispos pasaron al templo, cuyas puertas estaban cerradas, para verlo con la atención que no habian podido consagrarle en las ceremonias religiosas, y admirar de cerca la corona; y antes, firmaron el siguiente interesante documento:

"Quum jam Sacrorum Austites qui interfuerunt solémnibus quibus Beata Diego Guadalupensis, Tuo nómine et autoritate aureo deademáte est redumtia quod nulla unquan ætas mexicanis fastis est obliteratura sunt ad suas reversuri; ante quam México valedicant nihil illís potius fuit, quam ut Santitati Tuæ publicum et solemne testimonium observatiæ et omnimodæ subjectionis proferant quæ omnia Santitati Tuæ volunt, fausta quæ que ad precantes.

Santitatis Tuæ.
Mexici III id. Octob MDCCCXCV.

El aspecto que presentaba la Villa era alegre, risueño, conmovedor, y en todas partes se retrataba el regocijo.

En las puertas del templo, multitud de vendedores que voceaban oraciones, versos, imágenes y periódicos que trataban del suceso reciente y memorable; cuyos periódicos en el acto se agotaron, sin embargo de que los vendedores, aumentaron á su voluntad el valor de ellos.

Los portales y la plaza, estaban llenos de fondas ambulantes, las que no bastaban para contener á los que acudían á ellas, y de los que muchos comían sobre el suelo.

Las gentes, como oleadas incesantes, llenaban las plazas, ocupaban los caminos, coronaban el cerro, invadían las rampas, y sin cesar aumentaban en número por las que llegaban en los coches de la línea urbana.

Todos los balcones tenían cortinas más ó me-